



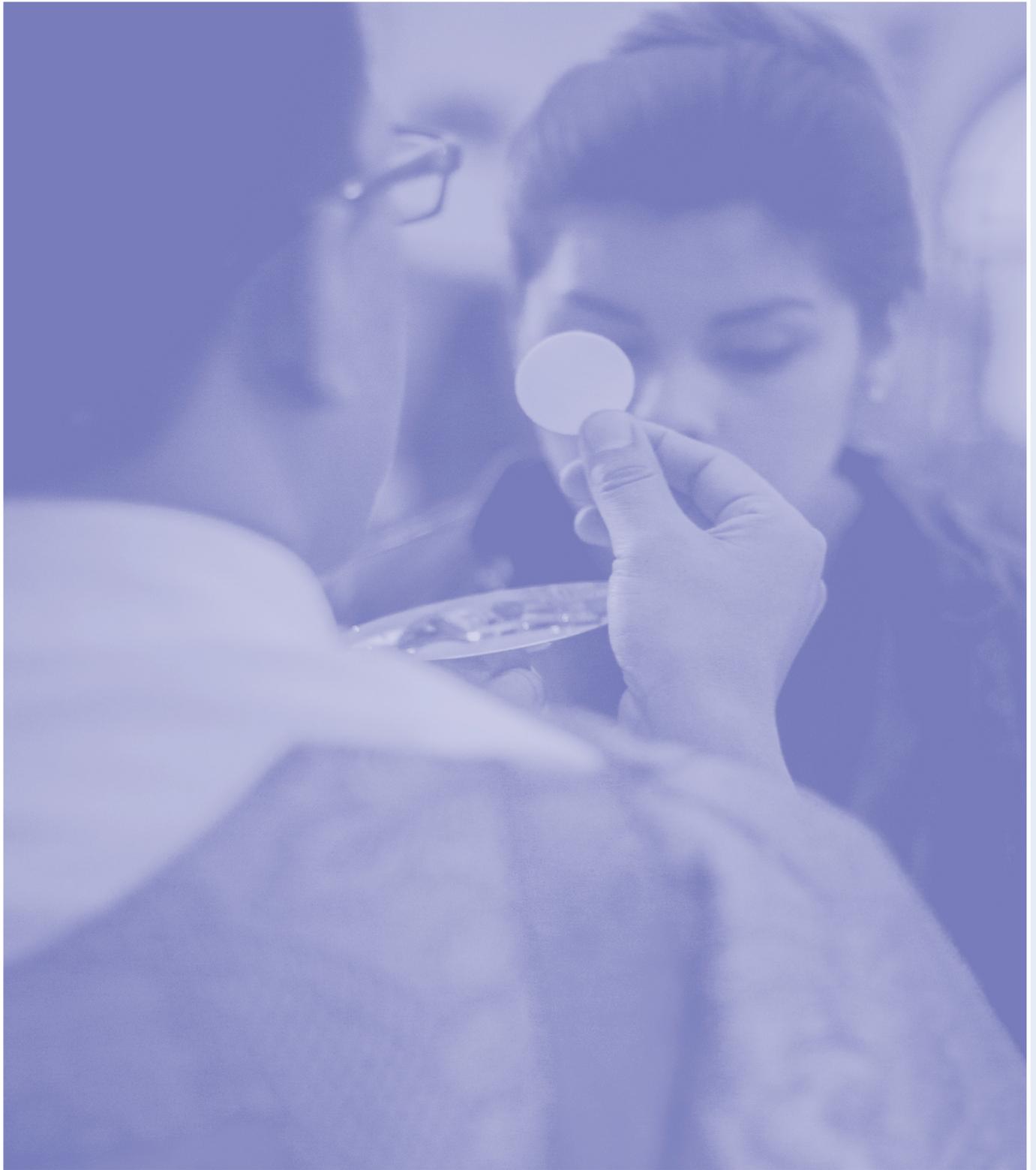
Homilías

P. Félix Castro Morales | **Sacerdos**

• OCTUBRE, NOVIEMBRE, DICIEMBRE | 2022

#147

www.centrologos.org



XXVII Domingo Tiempo Ordinario (Ciclo C)

2 de octubre

Lc. 17, 5-10

Si ustedes tuvieran fe)

Las Lecturas de este Domingo contienen un llamado a la Fe, a una Fe viva... "capaz de mover montañas..." o de mover árboles, como nos refiere el Evangelio de hoy. Con este lenguaje, el Señor quiere indicarnos la fuerza que puede tener la Fe, cuando es una Fe convencida y sincera, vivida y anunciada. En efecto, "La convicción de una fe que hace grande y plena la vida, centrada en Cristo y en la fuerza de su gracia, fue la convicción de los primeros cristianos..." (Francisco Lumen Fidei 5).

La Lumen Fidei nos enseña que "La fe no es un refugio para gente pusilánime, sino que **ensancha la vida**. Hace descubrir la gran llamada de Dios, la vocación al amor, la vocación de los hijos de Dios, y asegura que este amor es digno de fe, que vale la pena ponerse en sus manos, porque está fundado en la fidelidad de Dios, más fuerte que todas nuestras debilidades" (n. 53). Ciertamente, "la luz de la fe no disipa todas nuestras tinieblas, sino que, como una lámpara, guía nuestros pasos en la noche, y esto basta para caminar" (n. 57).

Tener fe es encontrar a ese "Tú", Dios, que me sostiene y me concede la promesa de un amor indestructible, que no solo aspira a la eternidad, sino que la da; es confiar en Dios con la actitud del niño, el cual sabe que todas sus dificultades, todos sus problemas están a salvo en el "tú" de la madre. Y esta posibilidad de salvación a través de la fe es un don que Dios ofrece a todos.

El Dios de Nuestra fe no es una presencia impalpable, una esencia en la niebla que se extiende alrededor sin saber realmente lo que es. **Dios es 'Persona' concreta**, es un Padre, y por lo tanto la fe en Él nace de un encuentro vivo, de una experiencia viva y personal...

Todos dicen que creen en Dios, **¿Pero en qué tipo de Dios creen?** Quizá creen a un 'dios difuso, un dios-spray', que está un poco en todas partes, pero que no se sabe lo que es. Nosotros creemos en Dios que es Padre, que es Hijo, que es Espíritu Santo. Creemos en las Personas, y cuando hablamos con Dios hablamos con Personas: o hablamos con el Padre, con el Hijo o hablamos con el Espíritu Santo. Y ésta es la fe".

En el Evangelio Jesús nos dice que nadie puede venir a Él "si el Padre no lo atrae". Estas palabras muestran que venir a Jesús, encontrar a Jesús, conocer a Jesús es **un don que Dios concede**. "En la fe, don de Dios, virtud sobrenatural infusa por él, reconocemos que se nos ha dado un gran Amor, que se nos ha dirigido una Palabra buena, y que, si acogemos esta Palabra, que es Jesucristo, Palabra encarnada, el Espíritu Santo nos transforma, ilumina nuestro camino hacia el futuro, y da alas a nuestra esperanza para recorrerlo con alegría. Fe, esperanza y caridad, constituyen el dinamismo de la existencia cristiana hacia la comunión plena con Dios" (LF 7, 2). Quien tiene fe tiene la vida eterna.

La fe nos hace ser personas alegres, audaces, personas en armonía por haber encontrado a Jesús, la alegría que sólo Jesús nos da, la alegría que da la paz: no la que da el mundo, sino la de Jesús. Ésta es nuestra fe. **Todos los cristianos tenemos el deber de transmitir la fe con coraje**. Todos nosotros cristianos que hemos recibido la fe debemos transmitirla, debemos proclamarla con nuestra vida, con nuestra palabra. "Por eso, quien cree nunca está solo, porque la fe tiende a difundirse, a compartir su alegría con otros. Quien recibe la fe descubre que las dimensiones de su 'yo' se ensanchan, y entabla nuevas relaciones que enriquecen la vida" (LF39).

"¡Cristo está vivo" y está "también vivo entre nosotros!"; tengamos el valor de anunciar su Resurrección, la Buena Noticia. **No podemos ser cristianos tibios, sin valor...** Esto hace tanto daño a la Iglesia, porque la tibieza te hace egoísta, comienzan los problemas entre nosotros; si no tenemos metas, si no tenemos coraje, ni el coraje de la oración hacia el cielo y ni siquiera el coraje de anunciar el Evangelio. Somos tibios...

Nuestro tiempo requiere de **cristianos que estén aferrados a Cristo, que crezcan en la fe** a través de la familiaridad con la Sagrada Escritura y los sacramentos. Personas que sean casi un libro abierto que narra la

experiencia de la vida nueva en el Espíritu, la presencia de un Dios que nos sostiene en el camino y que nos abre hacia la vida que no tendrá fin.

Pidamos al Señor, por intercesión de la Virgen María, que nos ayude a crecer en esta fe, esta fe que nos hace fuertes, nos hace alegres, esta fe que siempre comienza con el encuentro con Jesús y prosigue siempre en la vida con pequeños encuentros diarios con Jesús. “No perder la fe para no perder la esperanza: **¡Madre, ayuda nuestra fe!** // Abre nuestro oído a la Palabra, para que reconozcamos la voz de Dios y su llamada. // Aviva en nosotros el deseo de seguir sus pasos, saliendo de nuestra tierra y confiando en su promesa. // Ayúdanos a dejarnos tocar por su amor, para que podamos tocarlo en la fe. // Ayúdanos a fiarnos plenamente de él, a creer en su amor, sobre todo en los momentos de tribulación y de cruz, cuando nuestra fe es llamada a crecer y a madurar. // Siembra en nuestra fe la alegría del Resucitado. // Recuérdanos que quien cree no está nunca solo. // Enséñanos a mirar con los ojos de Jesús, para que él sea luz en nuestro camino. // Y que esta luz de la fe crezca continuamente en nosotros, hasta que llegue el día sin ocaso, que es el mismo Cristo, tu Hijo, nuestro Señor” (Francisco LF).

XXVIII Domingo Ordinario (Ciclo C)

9 de octubre

Lc 17, 11-19

Una de las causas más viejas de las quejas del hombre es la ingratitud; pocas cosas saben tan mal a una persona como topar con un desagradecido. Se quejan los padres de los desagradecidos hijos, los jefes de lo poco que sus colaboradores saben reconocer sus desvelos en orden a una mejora del cualquier tipo.... ¿Quién se cree limpio de este pecado? Hoy el Evangelio nos presenta la queja de Jesús contra los 9 leprosos desagradecidos: "¿No son diez los que han quedado limpios? Y los otros nueve, ¿dónde están?", preguntó Jesús. Y manifestó su sorpresa: "¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios sino sólo este extranjero?" ¡Cuántas veces, quizá, Jesús ha preguntado por nosotros, después de tantas gracias!

Don Miguel de Cervantes en su famosa obra "El Quijote" al respecto, decía: "Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome a lo que suele decirse: que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razón; y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando éstos no bastan, las publico" (II parte, capítulo 58).

La gratitud es ese fino sentimiento, que mueve a valorar el bien recibido y a corresponder con otro, al menos con el deseo, siquiera con la publicación del bien y de la persona que me lo hizo. Para Don Quijote la ingratitud es el pecado mayor del hombre, para Jesús la queja íntima de Dios, para el hombre la piedra del tropezón diario y para mí un misterio bochornoso. El ser humano es un puro beneficio de Dios de pies a cabeza y del seno materno al ataúd de madera, pero no lo reconoce. El ser humano, suyo, lo que se dice suyo, no tiene más que el pecado, el de ingratitud, primero, pero Dios no puede convertirlo porque no se deja. La gratitud es directamente proporcional a la elegancia de espíritu e inversamente proporcional al favor recibido. O sea, que a grandes beneficios, grandes ingratitudes. Eso es chapuza de espíritu, vileza de corazón, orgullo sin nombre. Por eso, el pobre es más agradecido que el rico, el sencillo más que el grande y el débil más que el poderoso.

El apóstol Pablo exhortaba a los Efesios a vivir gozosamente **«dando siempre gracias por todo al Dios y Padre en el nombre de nuestro Señor Jesucristo»** (Ef 5, 19-20). A los Tesalonicenses les instaba a **«dar gracias en todo, porque ésta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús»** (1 Ts 5, 18). Y a los Colosenses les recuerda, entre otros, ese mismo deber: **«Y sean agradecidos»** (Col 3, 15). La ausencia de gratitud no sólo afea nuestro carácter. Revela la negrura de la mente y el corazón humanos cuando hace oídos sordos a la revelación natural. Pablo traza atinadamente el perfil de los paganos de su tiempo diciendo que, **«habiendo conocido a Dios** (vv 19, 20), **no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias»** (Rm 1, 19-21). *La Iglesia desde el inicio ha sido consciente de la gratitud para con Dios.* Por eso llamó a la santa Misa, Eucaristía, es decir, acción de gracias, porque Jesús empezó la Última Cena –donde instituyó la Eucaristía– dando gracias a Dios, antes de partir el pan y de presentar el cáliz.

Jesús, Tú has hecho mucho por mí. Mi vida, mis virtudes, mi familia: todo te lo debo a Ti. ¿Cómo me voy a olvidar de darte las gracias? Gracias, Jesús, por todo lo que tengo y lo que soy; por todo, incluso por aquellas cosas de las que no me doy cuenta ni sé apreciar; más aún, gracias incluso por lo que me falta o me hace sufrir (P. Cardona). Porque, dice San Pablo, **«para aquellos que aman a Dios todas las cosas son para bien» (Ro 8, 28).**

Jesús, ¿cómo puedo serte más agradecido? **Primero**, con mis obras: cuando alguien está realmente agradecido a otro se vuelca en detalles con aquella persona y se ofrece para todo en lo que pueda servirle. De la misma manera, si realmente estoy agradecido por todo lo que has hecho por mí, es lógico que intente servirte y darte gracias durante el día. Y todo lo que haga por Ti me parecerá pequeño e insuficiente para pagarte lo mucho que me has dado: tu misma vida.

Jesús, me has dado un medio especialísimo para darte gracias: la Santa Misa o "Eucaristía", que significa precisamente, acción de gracias. Asistiendo a la Misa me uno a tu entrega y muerte en la cruz; y es ahí, pasmado ante semejante muestra de amor, donde puedo y debo darte gracias con más intensidad. "La Eucaristía es un sacrificio de acción de gracias al Padre, una bendición por la cual la Iglesia expresa su reconocimiento a Dios por

todos sus beneficios, por todo lo que ha realizado mediante la creación, la redención y la santificación. ‘Eucaristía’ significa, ante todo, acción de gracias” (CEC 1360).

“Es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor” (Prefacio), pero especialmente en la Comunión Eucarística. Te adoro con devoción, Dios escondido, le decimos a Jesús en la intimidad de nuestro corazón. En esos momentos, hemos de frenar las impacencias y permanecer recogidos con Dios que nos visita. Nada hay en el mundo más importante que prestar a ese Huésped el honor y la atención que se merece (F. Fernández Carvajal, J. Rodríguez Sánchez). Jesús vive y nos espera en el Sagrario, y queremos visitarle, tratarle, que sea nuestro mejor Amigo, para confiarle nuestras preocupaciones y fallos, enfermedades y lepras, y su manto, vestidura mágica, nos hace invencibles... (Ricardo Martínez Carazo).

Bendice, alma mía, al Señor, Y bendiga todo mi ser su santo nombre. Bendice, alma mía, al Señor, Y no olvides ninguno de sus beneficios.

‘Nunca ir por la calle de lo provisorio, esto nos mata la fe’ (Francisco)

Mirando a María a la luz de las lecturas que hemos escuchado, hoy el Papa reflexionó Para nosotros sobre tres puntos: Primero, Dios nos sorprende, Dios nos pide fidelidad, y tercero Dios es nuestra fuerza.

El primero: Dios nos sorprende. La historia de Naamán, jefe del ejército del rey de Aram, es llamativa: para curarse de la lepra se presenta ante el profeta de Dios, Eliseo, que no realiza ritos mágicos, ni le pide cosas extraordinarias, sino únicamente fiarse de Dios y lavarse en el agua del río; y no en uno de los grandes ríos de Damasco, sino en el pequeño Jordán. Es un requerimiento que deja a Naamán perplejo, sorprendido: ¿Qué Dios es este que pide una cosa tan simple? Decide marcharse, pero después da el paso, se baña en el Jordán e inmediatamente queda curado.

Dios nos sorprende; precisamente en la pobreza, en la debilidad, en la humildad es donde se manifiesta y nos da su amor que nos salva, nos cura y nos da fuerza. Sólo pide que sigamos su palabra y nos fiemos de Él. **Ésta es también la experiencia de la Virgen María: ante el anuncio del Ángel, no oculta su asombro. Es el asombro de ver que Dios, para hacerse hombre, la ha elegido precisamente a Ella, una sencilla muchacha de Nazaret, que no vive en los palacios del poder y de la riqueza, que no ha hecho cosas extraordinarias, pero que está abierta a Dios, se fía de Él, aunque no lo comprenda del todo: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”.**

Dios nos sorprende siempre, rompe nuestros esquemas, pone en crisis nuestros proyectos, y nos dice: ‘Fíate de mí, no tengas miedo, déjate sorprender, sal de ti mismo y sígueme’. Preguntémonos hoy todos nosotros si tenemos miedo de lo que el Señor pudiera pedirnos o de lo que nos está pidiendo. ¿Me dejo sorprender por Dios, como hizo María, o me cierro en mis seguridades, materiales, seguridades intelectuales, seguridades ideológicas, por mis proyectos? ¿Dejo entrar a Dios verdaderamente en mi vida? ¿Cómo le respondo?

En la lectura de San Pablo que hemos escuchado, el Apóstol se dirige a su discípulo Timoteo diciéndole: Acuérdate de Jesucristo; si perseveramos con Él, reinaremos con Él.

Éste es el segundo punto: acordarse siempre de Cristo, la memoria de Jesucristo y esto es perseverar en la fe: Dios nos sorprende con su amor, pero nos pide que le sigamos fielmente. Nosotros podemos volvernos no fieles, pero él no puede, él es fiel y nos pide la misma fidelidad.

Pensemos cuántas veces nos hemos entusiasmado con una cosa, con un proyecto, con una tarea, pero después, ante las primeras dificultades, hemos tirado la toalla. Y esto, desgraciadamente, sucede también con nuestras opciones fundamentales, como el matrimonio. La dificultad de ser constantes, de ser fieles a las decisiones tomadas, a los compromisos asumidos. A menudo es fácil decir “sí”, pero después no se consigue repetir este “sí” cada día, no se logra ser fieles.

María ha dicho su "sí" a Dios, un "sí" que ha cambiado su humilde existencia de Nazaret, pero no ha sido el único, más bien ha sido el primero de otros muchos "sí" pronunciados en su corazón tanto en los momentos gozosos como en los dolorosos; todos estos "sí" culminaron en el pronunciado bajo la Cruz.

Pensemos hasta qué punto ha llegado la fidelidad de María a Dios: hasta ver a su Hijo único en la Cruz. La mujer, de pie, destruida interiormente, pero fiel y fuerte. Y me pregunto, ¿soy un cristiano por momentos o un cristiano siempre?

La cultura de lo provisional, de lo relativo entra también en la vida de fe. Dios nos pide que le seamos fieles cada día, en las cosas ordinarias, y añade que, a pesar de que a veces no somos fieles, Él siempre es fiel y con su misericordia no se cansa de tendernos la mano para levantarnos, para animarnos a retomar el camino, a volver a Él y confesarle nuestra debilidad para que Él nos dé su fuerza. Y es el camino definitivo, siempre, con el Señor, también con nuestras debilidades, también con nuestro pecado. Nunca ir por la calle de lo provisorio. Esto nos asesina la fe. Fidelidad definitiva como la de María.

El último punto: Dios es nuestra fuerza. Pensemos en los diez leprosos del Evangelio curados por Jesús: salen a su encuentro, se detienen a lo lejos y le dicen a gritos: "Jesús, maestro, ten compasión de nosotros". Están enfermos, necesitados de amor y de fuerza, y buscan a alguien que los cure. Y Jesús responde liberándolos a todos de su enfermedad.

Llama la atención, sin embargo, que solamente uno regrese alabando a Dios a grandes gritos y dando gracias. Jesús mismo lo indica: diez han dado gritos para alcanzar la curación y uno solo ha vuelto a dar gracias a Dios a gritos y reconocer que en Él está nuestra fuerza.

Saber agradecer, saber dar gloria a Dios por lo que hace por nosotros. Miremos a María: después de la Anunciación, el primero gesto que hace es un gesto de caridad hacia su anciana pariente Isabel; y las primeras palabras que pronuncia son: "Proclama mi alma la grandeza del Señor", o sea un canto de alabanza, de agradecimiento a Dios, no solamente por lo que ha obrado en ella, sino por su historia de salvación. Todo es su don, pero si pudiéramos entender que todo es un don de Dios, cuanta felicidad habría en nuestro corazón, todo es su don.

¡Él es nuestra fuerza! ¡Decir gracias es tan fácil, y sin embargo tan difícil! ¿Cuántas veces nos decimos gracias en la familia?

Es una de las palabras claves de la convivencia. 'Permiso, disculpa, gracias'. Si en una familia se dicen estas tres palabras, la familia va adelante. 'Permiso, discúlpame, gracias'. ¿Cuántas veces lo decimos en familia? ¿Cuántas veces decimos 'gracias' en familia?, ¿Cuántas veces damos las gracias a quien nos ayuda, se acerca a nosotros, nos acompaña en la vida? ¡Muchas veces damos todo por descontado! Y así hacemos también con Dios.

Es fácil ir a lo del Señor a pedir algo, pero ir a agradecer... ah, no me viene...

Invoquemos la intercesión de María para que nos ayude a dejarnos sorprender por Dios sin oponer resistencia, a ser hijos fieles cada día, a alabarlo y darle gracias porque Él es nuestra fuerza. Amén.

XXIX Domingo del Tiempo Ordinario (Ciclo C)

16 de octubre

Lc. 18, 1-8

La oración de petición

El domingo pasado la Palabra de Dios nos invitaba a dar gracias. Hoy, a la oración de súplica, como esa viuda a quien habían hecho una injusticia (evangelio). También Moisés en la primera lectura es modelo de oración de súplica por su pueblo, acosado por los amalecitas. El salmo refuerza este mensaje, pues toda ayuda nos vendrá del Señor, que nos guarda de todo mal. Toda oración debe partir de la Palabra de Dios, que orienta y purifica nuestra oración de súplica (2ª lectura).

Primero pensemos qué es la Oración. **La oración cristiana es una relación personal, filial e inmediata del cristiano con Dios.** Santa Teresa de Jesús entiende que orar es “tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama” (Vida 8,5). Y Santa Teresa del Niño Jesús dice: “Para mí la oración es un impulso del corazón, una simple mirada dirigida al cielo, un grito de gratitud y de amor, tanto en medio de la tribulación como en medio de la alegría. En fin, es algo grande, algo sobrenatural que me dilata el alma y me une con Jesús” (Manus. autobiog. X, 17).

Petición, alabanza y acción de gracias son las formas fundamentales de la oración bíblica, que no se contraponen, sino que se complementan. La petición prepara y anticipa la acción de gracias, y en sí misma es ya una alabanza, pues confiesa que Dios es bueno y fuente de todo bien. Y la acción de gracias brota del corazón creyente, que pide a Dios y que recibe todo bien como don de Dios. Hoy sólo nos enfocamos en la oración de petición, es el tema de la Palabra de Dios.

Pidamos en el nombre de Jesús (Jn 14,13). Esto significa dos cosas: **1)** orar al Padre en la misma *actitud filial* de Jesús, participando de su Espíritu (Gál 4, 6), y **2)** pedir *por Jesús* (Rm 1,8), esto es, tomándole como mediador y abogado (1 Tim 2,5). “Nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene” (Rm 8,26), y pedimos mal (Sant 4,3), pero Jesús nos comunica su Espíritu para que pidamos así en su nombre: “Cuanto pidan al Padre se lo dará en mi nombre.

¿Cómo debe ser nuestra oración de súplica para que Dios nos escuche? Nos responde santo Tomás en el proemio a la Oración dominical: “*confiada, recta, ordenada, devota y humilde*”. ¿Cómo debe ser, pues, nuestra oración? **Primero, oración confiada.** Para que la súplica obtenga mayor resultado, en ella debe trasparecer una confianza toda amorosa y humilde para provocar la misericordia de Dios: “*me invocará y lo escucharé*” (Sal 90, 15). **Segundo, oración ordenada.** Es decir, debemos pedir las cosas en orden a la salvación eterna, y por lo mismo, el vernos libres de caer en las tentaciones. **Tercero, oración perseverante,** machacona, como la de la viuda del evangelio. La perseverancia es el hábito que vigoriza la voluntad para que no abandone el camino del bien. Y cuarto, **oración devota.** La devoción no es otra cosa que una voluntad pronta de entregarse a todo lo que pertenece al servicio de Dios.

¿Por qué nuestra oración no llega a Dios? Aquí están algunas de las causas: **Primera,** el hombre le dice a Dios: “*Dame la tierra y quédate con el cielo*”. **Materialismo** se llama esto. Nada, que pedimos a Dios cosas terrenas: salud y dinero, trabajo y suerte, aprobados y ascensos. ¿Y de las cosas espirituales?, la gracia, la fe, fidelidad a Dios y honradez de conciencia, sentido de la justicia y de la Iglesia, vivencias de Dios e ilusión por los destinos eternos... **Segunda causa,** el hombre le dice a Dios: “*O me das la tierra o te quedas con el cielo*”. **Empecinamiento.** Algunos cristianos entran en el templo, tiran los dados de su oración a rodar por el tablero mágico del altar y..., una de dos: o les toca y entonces malo, o no les toca y entonces peor. Este no es el Dios auténtico, sino pagano. Oración comercial. Y **tercera causa,** el hombre le dice a Dios: “*Dame el cielo y de la tierra ya hablaremos*”. Esta oración sí llega al trono de Dios. Este hombre o mujer que así oran serán escuchados por Dios, y sabrán sobreponerse a esta sociedad materialista, hedonista, sexista, laicista, neopagana, decadente...y serán hijos de Dios, cuando la mayor parte de los hombres se quedan en hijos de hombres, del tiempo y del ocaso.

Orar pidiendo algo a Dios no significa dejarlo todo en sus manos y nosotros sentarnos en el sillón de la pereza. San Agustín nos dirá por qué Dios no nos escucha, o nos escucha con el silencio: *porque somos malos y no esta-*

mos bien dispuestos para la petición; porque pedimos mal, con poca fe o sin perseverancia, o con poca humildad; porque pedimos cosas malas, o van a resultar, por alguna razón, no convenientes para nosotros” (La ciudad de Dios, 20, 22). Jesús acaba su parábola con una pregunta desconcertante: “cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?”. Sin la oración llena de fe, no moveremos las montañas de nuestros problemas y los de la humanidad y de la Iglesia.

“A veces se hace mal la oración de petición, se hace con exigencias, como queriendo doblegar la voluntad de Dios a la nuestra, con amenazas incluso. Así, pervertida, la oración de petición es muy dañosa: apega más a las criaturas, obstina en la propia voluntad, no consigue nada, genera dudas de fe, produce hastío y frustración, y conduce fácilmente al abandono de la misma oración”.

Pidiendo a Dios, abrimos en la humildad nuestro corazón a los dones que él quiere darnos. El soberbio se auto-limita en su precaria autosuficiencia, no pide a no ser como último recurso, cuando todo intento ha fracasado y la necesidad apremia; y entonces pide mal, con exigencia, marcando plazos y modos. En cambio, el humilde pide, pide siempre, pide todo, en todo intento lleva en vanguardia la oración de súplica. Y es que se hace como niño para entrar en el Reino, y los niños, cuando algo necesitan, lo primero que hacen es pedirlo. San Pablo nos da ejemplo: él pedía «sin cesar», «noche y día» (Col 1,9).

San Agustín, dice que “lo que Dios quiere es que, mediante la oración [de petición], avivemos nuestro deseo, a fin de que estemos lo suficientemente abiertos para poder recibir lo que ha de darnos” (ML 33,499-500). Dios da sus dones cuando ve que los recibiremos como dones suyos, con humildad, y que no nos enorgulleceremos con ellos, alejándonos así de él. Es la humildad, expresada y actualizada en la petición, la que nos dispone a recibir los dones que Dios quiere darnos. Por eso los humildes piden, y crecen rápidamente en la gracia, con gran sencillez y seguridad. Y es que “Dios resiste a los soberbios y a los humildes da su gracia. Humíllense, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que a su tiempo los ensalce. Echen sobre Él todos sus cuidados, puesto que tiene providencia de ustedes” (1 Pe 5,5-7).

Pidamos a Dios todo género de bienes, materiales o espirituales, el pan de cada día, el perdón de los pecados, el alivio en la enfermedad (Sant 5,13-16), el acrecentamiento de nuestra fe (Mc 9,24). Pidamos por los amigos, por las autoridades civiles y religiosas (1 Tim 2,2), por los pecadores (1 Jn 5,16), por los enemigos y los que nos persiguen (Mt 5,44), en fin, “por todos los hombres” (1 Tim 2,1). Pidamos al Señor que envíe obreros a su mies (Mt 9,38), y que nuestras peticiones ayuden siempre el trabajo misionero de los apóstoles (Rm 15,30s).

XXX Domingo del tiempo ordinario (Ciclo C)

23 de octubre

Lc. 18, 9-14

Las Lecturas de hoy continúan la línea de los anteriores domingos: nos hablan de la oración. Esta vez, de una oración humilde. En el Evangelio hemos escuchado la parábola del “el fariseo y el publicano” (cf Lc 18, 9-14), que se refiere a la humildad del corazón que ora: El fariseo, “tan seguro de sí mismo”, ante el altar da gracias a Dios por no ser como el publicano que en cambio solo pide la misericordia del Señor, reconociéndose pecador. “Oh Dios, ten compasión de mí que soy pecador”. La Iglesia no cesa de hacer suya esta oración: ¡Kyrie eleison!

El texto del Evangelio pone en evidencia dos modos de orar, uno falso – el del fariseo – y el otro auténtico – el del publicano. El fariseo encarna una actitud que no manifiesta la acción de gracias a Dios por sus beneficios y su misericordia, sino más bien la satisfacción de sí. El fariseo se siente justo, se siente en orden, y juzga a los demás desde lo alto de su pedestal. El publicano, por el contrario, no utiliza muchas palabras. Su oración es humilde, sobria, imbuida por la conciencia de su propia indignidad, de su propia miseria: este hombre se reconoce necesitado del perdón de Dios.

Es imposible que haga oración verdadera quien se jacta de ser justo, que cree no tener nada de qué arrepentirse y nada que agradecer a Dios. El fariseísmo es el cáncer de la oración, de la vida cristiana y de toda religión. Jesús tenía ante sus ojos el espectáculo de los escribas y fariseos, los cuales eran especialistas en las sagradas Escrituras y frecuentaban el templo con asiduidad, pero su corazón era frío, gélido, pues no había sido transformado por el encuentro con Dios.

“Todos nosotros podemos llevar un poco de incredulidad, dentro”. Es necesaria “una oración fuerte, y esta oración humilde y fuerte hace que Jesús pueda obrar el milagro de nuestra conversión. Por esto Jesús hoy nos presenta el cuadro negativo de una religiosidad vacía, formalista, caracterizada por un legalismo cruel, dominada por hombres ávidos de poder, de honores y éxitos, Jesús contrapone la visión de una comunidad radicalmente diferente. El cuadro que Jesús presenta es el de una comunidad en la que la grandeza es proporcional a la humildad, de una vida oculta y fecunda.

Es necesario verificar si ese mal convive con nosotros, pues sólo reconociendo la enfermedad se puede desear, pedir y recibir la curación. La autosuficiencia hipócrita induce a creer que se puede ser cristianos sin creer en Cristo, sin estar unidos a él, sin amar al prójimo; sin oración amorosa de presencia mutua con él, sin humildad, sinceridad y confianza. La oración es tiempo del corazón, tiempo de amistad y de relación personal con Dios.

La oración verdadera nunca es tiempo perdido, sino el más rentable, porque renta para la vida eterna. Cuando oramos de corazón, Dios trabaja por nosotros, dando eficacia divina, liberadora y salvífica a nuestra vida y a las obras humanas de nuestras pequeñas manos, pues “Quien está unido a mí, produce mucho fruto” (Jn 15, 5).

Debemos tener un tiempo de oración en el que nos presentamos ante Dios libres de preocupaciones y trabajos, para que Dios pueda entrar en nuestras vidas, preocupaciones y trabajos, y les confiera valor eterno de salvación. Claro está, sin olvidar el Domingo: es decir, cada ocho días: “Venir temprano a la iglesia, acercarse al Señor y confesar sus pecados, arrepentirse en la oración [...] Asistir a la sagrada y divina liturgia, acabar su oración y no marcharse antes de la despedida [...] Lo hemos dicho con frecuencia: este día nos es dado para la oración y el descanso. Es el día que ha hecho el Señor. En él exultamos y nos gozamos” (Pseudo-Eusebio de Alejandría, Sermo de die Dominica).

Seremos publicanos mirados y bendecidos por Dios, cuando acudimos a orar a Dios para alabarle, adorarle, bendecirle, pedirle perdón por nuestros pecados; cuando consideramos a los demás mejores que nosotros, e incluso los perdonamos sin rencor cuando no nos asisten o nos abandonan, como le pasó a san Pablo (2ª lectura); cuando cumplimos por amor a Dios.

¿En cuál de los dos personajes nos sentimos reflejados?: en el que está contento y seguro de sí mismo y desprecia a los demás, o en el pecador que invoca el perdón de Dios ¿Cuánto tengo de fariseo y cuánto de publicano? ¿Voy a la oración con humildad, confianza y anhelo de ser perdonado y perdonar?

Que por intercesión de la Virgen María, nuestra oración y nuestra Eucaristía sea como la del publicano: que nos provoque siempre seguir al Señor cada día, y exclamar desde dentro y llenos de humildad: "Oh Dios, ten compasión de mí que soy pecador". Entonces nuestra existencia será una permanente conversión, una vida verdaderamente fecunda.

XXXI Domingo del tiempo ordinario (Ciclo C)

30 de octubre

Lc. 19, 1-10

Jesús encuentra a Zaqueo

Estamos acercándonos al final del año litúrgico y también terminando el año de la misericordia. Nunca más oportuno el mensaje consolador de este domingo: el perdón de Dios que toma la iniciativa. Ambas lecturas (1ª lectura y evangelio) nos animan a todos, que somos pecadores y que tanto necesitamos de la misericordia de Dios, a confiar en Él. *“A todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amigo de la vida”* (1ª lectura), *“porque el Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad”* (Salmo). Dios, no sólo nos perdona, sino que quiere entrar y comer en nuestra casa, como hizo con Zaqueo (evangelio).

Meditemos el episodio evangélico del encuentro de Jesús con Zaqueo en la ciudad de Jericó. ¿Quién era Zaqueo? Un hombre rico, que ejercía el oficio de ‘publicano’, es decir, de recaudador de impuestos por cuenta de la autoridad romana, y precisamente por eso era considerado un pecador público. Al saber que Jesús pasaría por Jericó, aquel hombre sintió un gran deseo de verlo, pero, como era bajo de estatura, se subió a un árbol. Jesús se detuvo precisamente bajo ese árbol y se dirigió a él llamándolo por su nombre: *“Zaqueo, baja en seguida, porque hoy debo alojarme en tu casa”* (Lc 19, 5). ¡Qué mensaje en esta sencilla frase!

‘Zaqueo’: Jesús llama por su nombre a un hombre despreciado por todos. ‘Hoy’: sí, precisamente ahora ha llegado para él el momento de la salvación. *“Tengo que alojarme”*: ¿por qué ‘debo’? Porque el Padre, rico en misericordia, quiere que Jesús vaya a *“buscar y a salvar lo que estaba perdido”* (Lc 19, 10). La gracia de aquel encuentro imprevisible fue tal que cambió completamente la vida de Zaqueo: *“Mira -le dijo a Jesús-, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más”* (Lc 19, 8). Una vez más el Evangelio nos dice que el amor, partiendo del corazón de Dios y actuando a través del corazón del hombre, es la fuerza que renueva el mundo.

Lo que ocurre entre Jesús y el “jefe de publicanos” de Jericó se asemeja a ciertos aspectos de la celebración del Sacramento de la misericordia. Zaqueo parece impulsado sólo por la curiosidad al encaramarse sobre el sicómoro. A veces, el encuentro de Dios con el hombre tiene también la apariencia de la casualidad. Pero *nada es ‘casual’ por parte de Dios*. Muchos cristianos a menudo, se acercan a los Sacramentos de modo superficial. En efecto, algunos fieles van a confesarse sin ni siquiera saber bien lo que quieren. Para algunos de ellos, la decisión de ir a confesarse puede estar determinada sólo por la necesidad de ser escuchados... Para otros, por la exigencia de recibir un consejo. Para otros, incluso, por la necesidad psicológica de librarse de la opresión del “sentido de culpa”. Muchos sienten la necesidad auténtica de restablecer una relación con Dios, pero se confiesan sin tomar conciencia suficientemente de los compromisos que se derivan, o tal vez haciendo un examen de conciencia muy simple a causa de una falta de formación sobre las implicaciones de una vida moral inspirada en el Evangelio.

Para Zaqueo debió ser una experiencia sobrecogedora oír que le llamaban por su nombre. Era un nombre que, para muchos paisanos suyos, estaba cargado de desprecio. Ahora él lo oye pronunciar con un acento de ternura, que no sólo expresaba confianza sino también familiaridad y un apremiante deseo ganarse su amistad. Sí, Jesús habla a Zaqueo como a un amigo de toda la vida, tal vez olvidado, pero sin haber por ello renegado de su fidelidad, y entra así con la dulce fuerza del afecto en la vida y en la casa del amigo encontrado de nuevo: *“baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa”* (Lc 19, 5).

Esto es lo que sucede en todo encuentro sacramental. No es el pecador, con su camino autónomo de conversión, quien se gana la misericordia. Al contrario, es la misericordia lo que le impulsa hacia el camino de la conversión. El hombre no puede nada por sí mismo. Y nada merece. La confesión, antes que un camino del hombre hacia Dios, es una visita de Dios a la casa del hombre. Toda celebración de la penitencia debería suscitar en el ánimo del penitente el mismo sobresalto de alegría que las palabras de Cristo provocaron en Zaqueo, el cual *“se apresuró a bajar y le recibió con alegría”* (Lc19, 6).

El perdón concedido en el sacramento de la Reconciliación es un encuentro auténtico y real del penitente con

Dios, que restablece la relación de amistad quebrantada por el pecado. La 'verdad' de esta relación exige que el hombre acoja el abrazo misericordioso de Dios, superando toda resistencia causada por el pecado.

Que María santísima nos enseñe el don de la misericordia de Dios en Cristo, en los sacramentos, y sobre todo en el sacramento de la reconciliación, sacramento de la misericordia y de la alegría.

XXXII Domingo del tiempo ordinario (Ciclo C)

6 de noviembre

Lc. 20, 27-38

La resurrección de los muertos

El evangelio de este domingo nos presenta a Jesús que se enfrenta a los saduceos, quienes negaban la resurrección. Y es justamente sobre este tema que ellos interrogan a Jesús, para ponerlo en dificultad y ridiculizar la fe en la resurrección de los muertos. Parten de un caso imaginario: 'Una mujer tuvo siete maridos, muerto uno después del otro', y le preguntan a Jesús: '¿De quién será esposa esta mujer después de su muerte?'

En respuesta a la pregunta capciosa de los saduceos sobre el destino de la mujer que ha tenido siete maridos en la tierra, Jesús reafirma sobre todo el hecho de la resurrección, corrigiendo, a la vez, la representación materialista y caricaturesca que se hacen de ella los saduceos. La bienaventuranza eterna no es sencillamente una potenciación y prolongación de las alegrías terrenas, con disfrutes de la carne y de la mesa a placer. La otra vida es de verdad otra vida, una vida de calidad diferente. Es, sí, el cumplimiento de todas las esperanzas que el hombre tiene sobre la tierra -e infinitamente más-, pero en un plano distinto. "Los que alcancen a ser dignos de tener parte en aquel mundo y en la resurrección de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, ni pueden ya morir, porque son como ángeles".

En la parte final del Evangelio, Jesús explica el motivo por el que debe haber vida después de la muerte. "Que los muertos resucitan lo ha indicado también Moisés en lo de la zarza, cuando llama al Señor "el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob". No es un Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos viven". ¿Dónde está en ello la prueba de que los muertos resucitan? Si Dios se define "el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob" y es un Dios de vivos, no de muertos, entonces quiere decir que Abraham, Isaac y Jacob viven en algún lugar, si bien, en el momento en que Dios habla a Moisés, aquellos están muertos desde hace siglos.

Interpretando de manera errada la respuesta que Jesús da a los saduceos, algunos han sostenido que el matrimonio carece de toda continuidad en el cielo. Pero con esa frase Jesús rechaza la idea caricaturesca que los saduceos presentan del más allá, como si fuera una sencilla continuación de las relaciones terrenas entre los cónyuges; no excluye que estos puedan reencontrar, en Dios, el vínculo que les ha unido en la tierra.

¿Es posible que dos esposos, tras una vida que les ha asociado a Dios en el milagro de la creación, en la vida eterna, ya no tengan nada en común, como si todo estuviera olvidado, perdido? ¿No estaría esto en contradicción con la palabra de Cristo de que no se debe dividir lo que Dios ha unido? Si Dios les ha unido en la tierra, ¿cómo podría separarles en el cielo? ¿Toda una vida juntos puede acabar en la nada sin que se desmienta el sentido mismo de la vida aquí abajo, que es el de preparar la venida del Reino, los cielos nuevos y la tierra nueva?

Es la Escritura misma -no sólo el natural deseo de los esposos- la que apoya esta esperanza. El matrimonio, dice la Escritura, es "un gran sacramento" porque simboliza la unión entre Cristo y la Iglesia (Ef 5, 32). ¿Es posible, entonces, que desaparezca precisamente en la Jerusalén celeste, donde se celebra el eterno banquete nupcial entre Cristo y la Iglesia, del que aquel es imagen?

Según esta visión, el matrimonio no acaba del todo con la muerte, sino que se transfigura, se espiritualiza, se sustrae a todos los límites que marcan la vida en la tierra, igual que, por lo demás, no se olvidan los vínculos existentes entre padres e hijos, o entre amigos. En el prefacio de la Misa de difuntos la liturgia dice que con la muerte "la vida no termina, se transforma"; lo mismo se debe decir del matrimonio, que es parte integrante de la vida.

Pero ¿qué decir a quienes han tenido una experiencia negativa, de incomprensión y de sufrimiento, en el matrimonio terreno? ¿No es para ellos motivo de miedo, más que de consuelo, la idea de que el vínculo no se rompa ni con la muerte? No, porque en el paso desde el tiempo a la eternidad el bien permanece, el mal cae. El amor que les unió, tal vez por breve tiempo, persiste; no los defectos, las incomprensiones, los sufrimientos que se han causado recíprocamente. Muchísimos cónyuges experimentarán sólo cuando se reúnan "en Dios" el amor verdadero entre sí y con él, el gozo y la plenitud de la unión que no disfrutaron en la tierra. Es también la conclusión de Goethe sobre el

amor entre Fausto y Margarita: "Sólo en el cielo lo inalcanzable (o sea, la unión plena y pacífica entre dos criaturas que se aman) será realidad". En Dios todo se entenderá, todo se excusará, todo se perdonará.

¿Y qué decir de quienes estuvieron legítimamente casados con varias personas, como los viudos y las viudas que volvieron a contraer matrimonio? (Fue el caso presentado a Jesús de los siete hermanos que habían tenido, sucesivamente, como esposa a la misma mujer). También para ellos debemos repetir lo mismo: aquello que hubo de auténtico amor y donación con cada uno de los esposos o de las esposas, siendo objetivamente un "bien" y viniendo de Dios, no será suprimido. Allá arriba no habrá rivalidades en el amor o celos. Estas cosas no pertenecen al amor verdadero, sino al límite intrínseco de la criatura.

La relación de Dios con cada uno es más fuerte que la muerte

Cfr. Francisco: Ángelus del 10 de noviembre/13

El evangelio de este domingo nos presenta a Jesús que se enfrenta a los saduceos, quienes negaban la resurrección. Y es justamente sobre este tema que ellos interrogan a Jesús, para ponerlo en dificultad y ridiculizar la fe en la resurrección de los muertos. Parten de un caso imaginario: 'Una mujer tuvo siete maridos, muerto uno después del otro', y le preguntan a Jesús: '¿De quién será esposa esta mujer después de su muerte?'

Jesús siempre manso y paciente les indica como primera cosa, que la vida después de la muerte no tiene los mismos parámetros de aquella terrena. La vida eterna es otra vida, en otra dimensión, en la cual entre otras cosas no existirá más el matrimonio, que está relacionado a nuestra existencia en este mundo. Los resucitados -dice Jesús- serán como los ángeles y vivirán en un estado diverso que ahora no podemos sentir ni imaginar. Y así lo Jesús explica.

Pero después, por así decir, pasa al contraataque. Y lo hace citando la sagrada escritura, con una simplicidad y una originalidad que nos dejan llenos de amor hacia nuestro Maestro, ¡el único Maestro!

La prueba de la resurrección, Jesús la encuentra en el episodio de Moisés y de la zarza ardiente, allí en donde Dios se revela como el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. El nombre de Dios está unido a los nombres de los hombres y de las mujeres con los cuales Él se relaciona, y este nexo es más fuerte que la muerte. Y nosotros podemos decir esto de la relación de Dios con nosotros. Él es nuestro Dios; Él es el Dios de cada uno de nosotros; como si Él llevara nuestro nombre, le gusta decirlo, y esta es la Alianza.

He aquí por qué Jesús afirma: 'Dios no es de los muertos pero de los vivos, para que todos vivan en Él'. Esta es una ligación definitiva; la alianza fundamental es aquella con Jesús; Él mismo es la Alianza, Él mismo es la Vida y la Resurrección, porque con su amor crucificado ha vencido la muerte.

En Jesús, Dios nos da la vida eterna, nos la da a todos, y todos gracias a Él tienen la esperanza de una vida aún más verdadera que la actual.

La vida que Dios nos prepara no es un simple embellecimiento de la actual: esa supera nuestra imaginación, porque Dios nos asombra continuamente con su amor y con su misericordia.

Por lo tanto sucederá lo contrario de lo que esperaban los saduceos. No es esta la vida que será referencia de la eternidad, a la otra vida que nos espera; pero es la eternidad, es esa la vida que ilumina y da esperanza a la vida terrena de cada uno de nosotros. Si miramos solamente con mirada humana somos llevados pensar que el camino del hombre va de la vida hacia la muerte, eso se ve; pero eso es solamente si lo miramos con ojos humanos.

Jesús invierte esta perspectiva y afirma que nuestra peregrinación va de la muerte hacia la vida: la vida plena; nosotros estamos en camino, en peregrinación hacia la vida plena y esa vida plena nos ilumina en nuestro camino. Por lo tanto la muerte se queda detrás de nuestras espaldas, no delante de nosotros.

Delante de nosotros está el Dios de los vivos, el Dios de la Alianza, el Dios que lleva mi nombre, nuestro nombre, como Él dijo, yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y también en Dios con mi nombre, con tu nombre, con tu nombre con nuestro nombre. El Dios de los vivos.

Está la definitiva derrota del pecado y de la muerte, el inicio de un nuevo tiempo de alegría y de luz sin fin. Pero ya en esta tierra, en la oración, en los sacramentos, en la fraternidad, nosotros encontramos a Jesús y su amor, y así podemos pregonar algo de la vida de la resurrección.

La experiencia que hacemos de su amor y de su fidelidad enciende como un fuego en nuestro corazón y aumenta nuestra fe en la resurrección. De hecho, si Dios es fiel y nos ama, no puede hacerlo en un tiempo limitado, la fidelidad es eterna, no puede cambiar, el amor de Dios es eterno y no puede cambiar, no es en un tiempo limitado, es para siempre, hacia adelante. Él es fiel para siempre y Él nos espera a cada uno de nosotros con esta fidelidad eterna.

XXXIII Domingo del tiempo ordinario (Ciclo C)

13 de noviembre

Lc. 21, 5-19

La Segunda Venida de Cristo

Estamos terminando el año litúrgico y el jubileo de la misericordia, y no es extraño que los textos de la misa de hoy nos hagan mirar al futuro de la humanidad y del nuestro: Recordemos que las Lecturas del Domingo pasado nos hablaban de nuestra resurrección, haciéndonos reflexionar sobre lo que nos espera después de esta vida terrena; y las de hoy continúan esa línea y nos hablan del Fin de los Tiempos, la Segunda Venida de Cristo.

El Fin de los Tiempos es el momento de la resurrección de los muertos, de la Segunda Venida de Cristo y del Juicio Final: "Cuando se dé la señal por la voz del Arcángel, el propio Señor bajará del Cielo, al son de la trompeta divina. Los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar" (1Ts. 4, 16). Y continúa San Pablo: "Después nosotros, los vivos, los que todavía estemos, nos reuniremos con ellos llevados en las nubes al encuentro del Señor, allá arriba. Y para siempre estaremos en el Señor" (1Ts. 4, 17). (cf. CEC 1001).

La Segunda Venida de Jesús se llevará a cabo mientras la gente está ocupada con los acontecimientos de la vida diaria: de comer, beber, casarse, comprar, vender, sembrar, construir. Los que estén unidos a Dios con una vida de justicia y santidad participarán en esta definitiva etapa de la Iglesia y del mundo, también llamada la Jerusalén celestial, en la cual "no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado" (Ap 21, 4).

Por esto, hoy Jesús nos orienta en el evangelio a mirar hacia el futuro con realismo y seriedad. Jesús no quiere infundirnos miedo, sino una esperanza serena. Nos pone sobre aviso de falsas alarmas y, sobre todo, nos invita a ver en este anuncio un mensaje de salvación: "No tengáis pánico... ni un cabello de su cabeza perecerá: con su perseverancia salvarán sus almas".

El final de los tiempos no es inminente. Pero sí es serio, y nos orienta a una vida comprometida, vida de peregrinos que avanzan hacia una meta y no quedarnos distraídos en el camino. "La espera de una tierra nueva no debe debilitar, sino más bien avivar la preocupación de cultivar esta tierra, donde crece aquel cuerpo de la nueva familia humana, que puede ofrecer ya cierto esbozo del siglo nuevo" (CEC.-1049). Por tanto, la felicidad en la otra vida se corresponde con la felicidad en ésta: el que, por no saber darse a los demás, no tiene capacidad de amar y ser feliz aquí, se autoexcluye de la felicidad eterna en el Cielo.

Esta mirada hacia el horizonte futuro no pretende aguaros la fiesta de la vida, sino ayudarnos a ser sabios. La vida hay que vivirla en plenitud, sí, pero responsablemente, siguiendo el camino que nos ha señalado Dios, y sin dejarnos engañar por presuntos mesías que nos ofrecen recetas salvadoras más apetitosas. Jesús nos advierte que encontraremos, en nuestro camino, persecuciones y dificultades, si queremos en verdad ser fieles y dar testimonio de él. Cuando Lucas escribía esto, ya la comunidad cristiana tenía experiencia de cárceles, envidias, odios y muertes. Jesús nos dice que sólo "con nuestra perseverancia" salvaremos nuestras vidas.

Cada Eucaristía nos hace vivir una cierta tensión entre el pasado y el futuro, concentrados ambos en el presente. En una de las aclamaciones que más veces repetimos se condensa esta situación: "anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección: ven, Señor Jesús". Y se nos hacen también familiares otras expresiones de esta mirada al mañana: "mientras esperamos la gloriosa venida de Nuestro Señor Jesucristo"... Nuestro destino y el del mundo está en el futuro, y se llama Dios. Pero el futuro ya está en el hoy de cada día. Y la Eucaristía es nuestro alimento para el camino.

En la Eucaristía, todo expresa la confiada espera: "mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo". Quien se alimenta de Cristo en la Eucaristía no tiene que esperar el más allá para recibir la vida eterna: *la posee ya en la tierra* como primicia de la plenitud futura, que abarcará al hombre en su totalidad. En efecto, en la Eucaristía recibimos también la garantía de la resurrección corporal al final del mundo: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día" (Jn 6, 54). Esta garantía de la resurrección futura proviene, de que la carne del Hijo del hombre, entregada como comida, es su cuerpo en el estado glorioso

del resucitado. Con la Eucaristía se asimila, por decirlo así, el 'secreto' de la resurrección. Por eso san Ignacio de Antioquía definía con acierto el Pan eucarístico 'fármaco de inmortalidad, antídoto contra la muerte'.

Así, nuestro camino de cada día, de cada semana, ha de ser este avanzar hacia la plenitud que Dios quiere, hacia aquel DÍA DE VICTORIA "que sólo el Padre sabe". Aquel Día que anunciamos siempre que celebramos domingo a domingo en la fiesta de la Eucaristía. Este mensaje de Jesús nos hace reflexionar sobre nuestro presente y nos da la fuerza para afrontarlo con coraje y esperanza, en compañía de la Virgen, que camina siempre con nosotros.

Francisco en el Ángelus: 'Jesús nos libera del fatalismo y de las falsas visiones apocalípticas'

17 de noviembre de 2013

El papa Francisco comentó el Evangelio de hoy teniendo en cuenta dos claves interpretativas: "no dejarse engañar por falsos mesías y no dejar que el miedo nos paralice" y "vivir el tiempo de espera como un tiempo para el testimonio y la perseverancia".

El Evangelio de este domingo (Lc 21, 5-19) consiste en la primera parte de un razonamiento de Jesús: el de los últimos tiempos. Jesús lo pronuncia en Jerusalén, cerca del templo; y la idea se la da precisamente la gente que hablaba del templo y de su belleza. ¡Porque era bello aquel templo!

Entonces Jesús dijo: "Esto que ven, llegarán días en que no quedará piedra sobre piedra que no sea derruida" (Lc 21, 6). Naturalmente le preguntan: ¿cuándo sucederá esto?, ¿cuáles serán los signos? Pero Jesús dirige la atención de estos aspectos secundarios – ¿cuándo será?, ¿cómo será? – la dirige a las verdaderas cuestiones. Y son dos:

Primero: no dejarse engañar por falsos mesías y no dejarse paralizar por el miedo. Segundo: vivir el tiempo de la espera como tiempo del testimonio y de la perseverancia. Y nosotros estamos en este tiempo de la espera, de la espera de la venida del Señor.

Esta alocución de Jesús es siempre actual, también para nosotros que vivimos en el Siglo XXI. Él nos repite: "Miren, no se dejen engañar. Porque vendrán muchos usurpando mi nombre" (v. 8).

Es una invitación al discernimiento. Esta virtud cristiana de comprender dónde está el Espíritu del Señor y dónde está el mal espíritu. También hoy, en efecto, hay falsos "salvadores", que tratan de sustituir a Jesús: líderes de este mundo, santones, también brujos, personajes que quieren atraer a sí las mentes y los corazones, especialmente de los jóvenes. Jesús nos pone en guardia: "¡No los sigan!". "¡No los sigan!".

Y el Señor también nos ayuda a no tener miedo: frente a las guerras, a las revoluciones, pero también a las calamidades naturales, a las epidemias, Jesús nos libera del fatalismo y de las falsas visiones apocalípticas.

El segundo aspecto nos interpela precisamente como cristianos y como Iglesia: Jesús preanuncia pruebas dolorosas y persecuciones que sus discípulos deberán padecer, por su causa. Sin embargo asegura: "Pero no perecerá ni un cabello de su cabeza" (v. 18). ¡Nos recuerda que estamos totalmente en las manos de Dios!

Las adversidades que encontramos por nuestra fe y nuestra adhesión al Evangelio son ocasiones de testimonio; no deben alejarnos del Señor, sino impulsarnos a abandonarnos aún más en Él, en la fuerza de su Espíritu y de su gracia.

En este momento pienso y pensamos todos, eh, hagámoslo juntos, pensemos en tantos hermanos cristianos que sufren persecuciones a causa de su fe. ¡Hay tantos! Quizá más que en los primeros siglos. Jesús está con ellos. También nosotros estamos unidos a ellos con nuestra oración y nuestro afecto. También sentimos admiración por su coraje y su testimonio. Son nuestros hermanos y hermanas que en tantas partes del mundo sufren a causa de ser fieles a Jesucristo. Los saludamos de corazón y con afecto.

Al final, Jesús hace una promesa que es garantía de victoria: “Con su perseverancia salvarán sus almas” (v. 19). ¡Cuánta esperanza en estas palabras! Son un llamamiento a la esperanza y a la paciencia, a saber esperar los frutos seguros de la salvación, confiando en el sentido profundo de la vida y de la historia: las pruebas y las dificultades forman parte de un designio más grande; el Señor, dueño de la historia, lleva todo a su cumplimiento. ¡A pesar de los desórdenes y de los desastres que turban al mundo, el designio de bondad y de misericordia de Dios se cumplirá!

Y esta es nuestra esperanza. Ir así, por este camino, en el designio de Dios que se cumplirá. Es nuestra esperanza. Este mensaje de Jesús nos hace reflexionar sobre nuestro presente y nos da la fuerza para afrontarlo con coraje y esperanza, en compañía de la Virgen, que camina siempre con nosotros”.

La lectura del evangelio de hoy, contiene la primera parte de las palabras de Jesús sobre los últimos tiempos, escritas por san Lucas. Jesús las pronuncia mientras se encuentra delante del Templo de Jerusalén y se apoya en las expresiones de admiración de la gente por la belleza del santuario y de sus decoraciones. Entonces Jesús dice:

“De todo lo que ustedes contemplan, un día no quedará piedra sobre piedra: todo será destruido”. Podemos imaginar el efecto de estas palabras sobre los discípulos de Jesús. Pero él no quiere ofender al templo sino hacerles entender a ellos y también a nosotros hoy, que las construcciones humanas incluso las más sagradas, son pasajeras y no tenemos que poner en ellas nuestras seguridades.

¡Cuántas presuntas certezas en nuestra vida pensábamos que eran definitivas y después se revelaron efímeras! Por otra parte ¡cuántos problemas que parecían sin salida y después fueron superados!

Jesús sabe que existen siempre quienes especulan sobre la necesidad que los hombres tienen de seguridades. Por esto dice: ‘Tengan cuidado, no se dejen engañar’, y pone en guardia de tantos falsos mesías que se presentarán. También hoy los hay. Y añade que no hay que hacerse aterrorizar y desorientar por las guerras, revoluciones y calamidades, porque estas son también parte de la realidad de este mundo.

La historia de la Iglesia es rica en ejemplos de personas que soportaron tribulaciones y sufrimientos terribles con serenidad, porque eran conscientes de estar fuertemente en las manos de Dios. Él es un padre fiel y atento que no abandona nunca a sus hijos. Nunca, y esta certeza debemos tenerla en nuestro corazón. Dios no nos abandona nunca.

Quedarse firmes en el Señor, caminar en la esperanza de que no nos abandona nunca, trabajar para construir un mundo mejor, a pesar de las dificultades y los hechos tristes que marcan la existencia personal y colectiva es lo que realmente cuenta.

Es lo que la comunidad cristiana está llamada a hacer para ir al encuentro del ‘día del Señor’. Justamente en esta perspectiva queremos colocar el empeño, que parte, después de estos meses, en los cuales hemos vivido con fe el Jubileo Extraordinario de la Misericordia, que hoy se concluye en las diócesis de todo el mundo, con el cierre de las Puertas Santas en las iglesias catedrales. El Año Santo nos ha llamado, de una parte, a tener fija la mirada hacia el cumplimiento del Reino de Dios, y de otra a construir el futuro sobre esta tierra, trabajando para evangelizar el presente, para realizar un tiempo de salvación para todos.

Jesús en el Evangelio nos exhorta a tener firme en la mente y en el corazón la certeza de que Dios conduce nuestra historia y conoce el fin último de las cosas y de los eventos.

Bajo la mirada misericordiosa del Señor se sucede la historia en su fluir incierto y en su entrelazarse del bien y del mal. Pero todo lo que sucede está conservado en Él, nuestra vida no se puede perder porque está en sus manos.

Al final, Jesús hace una promesa que es garantía de victoria: “Con su perseverancia salvarán sus almas” (v. 19).

¡Cuánta esperanza en estas palabras! Son un llamamiento a la esperanza y a la paciencia, a saber esperar los frutos seguros de la salvación, confiando en el sentido profundo de la vida y de la historia: las pruebas y las dificultades forman parte de un designio más grande; el Señor, dueño de la historia, lleva todo a su cumplimiento. ¡A pesar de los desórdenes y de los desastres que turban al mundo, el designio de bondad y de misericordia de Dios se cumplirá!

Recemos a la Virgen María, para que nos ayude a través de los hechos gozosos y tristes de este mundo a mantenernos firme en la esperanza de la eternidad de Dios. Recemos a la Virgen para que nos ayude a entender en profundidad la verdad de que Dios nunca abandona a sus hijos.

Solemnidad de Cristo como Rey del Universo

20 de noviembre

Lc. 23, 35-43

“Jesús es el Señor”

Hoy celebramos la Solemnidad de Cristo Rey. Así cerramos no sólo el año el año litúrgico. El próximo domingo comenzamos el Adviento del ciclo A, preparación a la Navidad. La palabra de Dios nos habla del Reino de Dios, del Reino de Jesucristo. En el Evangelio vemos el bellissimo y conmovedor relato del “buen ladrón”, crucificado al lado del Señor: cuando estés en tu reino, acuérdate de mí... hoy estará conmigo en el Paraíso. En la Segunda Lectura (Col. 1, 12-20), San Pablo nos brinda un himno bellissimo de alabanza al poder de Cristo Rey.

El pasaje evangélico es el de la muerte de Cristo, porque es en ese momento cuando Cristo empieza a reinar en el mundo. La cruz es el trono de este rey. “Había encima de él una inscripción: “Este es el Rey de los judíos”. Aquello que en las intenciones de los enemigos debía ser la justificación de su condena, era, a los ojos del Padre celestial, la proclamación de su soberanía universal.

Pero, ¿en qué consiste el “poder” de Jesucristo Rey? No es el poder de los reyes y de los grandes de este mundo; es el poder divino de dar la vida eterna, de librar del mal, de vencer el dominio de la muerte. Es el poder del Amor, que sabe sacar el bien del mal, ablandar un corazón endurecido, llevar la paz al conflicto más violento, encender la esperanza en la oscuridad más densa. Este Reino de la gracia nunca se impone y siempre respeta nuestra libertad. Cristo vino “para dar testimonio de la verdad” (Jn 18, 37) —como declaró ante Pilato—: quien acoge su testimonio se pone bajo su ‘bandera’, según la imagen que gustaba a san Ignacio de Loyola.

Por lo tanto, es necesario —esto sí— que cada conciencia elija: ¿a quién quiero seguir? ¿A Dios o al maligno? ¿La verdad o la mentira? Elegir a Cristo no garantiza el éxito según los criterios del mundo, pero asegura la paz y la alegría que sólo él puede dar. Lo demuestra, en todas las épocas, la experiencia de muchos hombres y mujeres que, en nombre de Cristo, en nombre de la verdad y de la justicia, han sabido oponerse a los halagos de los poderes terrenos con sus diversas máscaras, hasta sellar su fidelidad con el martirio. Por esto, “El reino de Dios es Dios mismo que se hace presente en medio de nosotros y reina por medio de nosotros”. (Benedicto XVI)

Cada uno de nosotros debemos esforzarnos personalmente por ser súbditos de Cristo Rey con la mayor perfección posible de mente, voluntad y corazón, porque fuimos comprados al precio de su preciosísima Sangre. Cristo es Rey del hogar y de la sociedad. Jesús nos pide creer en Él, poner en Él nuestra esperanza y amarle de todo corazón; siguiendo el ejemplo del buen ladrón: “Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino”. Este hombre ha creído en Jesús como Rey, a pesar de que le está viendo en un momento de mínima credibilidad, a punto de morir, como él, ajusticiado en la cruz. Allí mismo está también la Madre, María, y unos pocos discípulos. Pero lo sorprendente es que el ladrón exprese así su fe. Por lo que escucha la respuesta que quisiéramos todos escuchar un día: “Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso”. Él nos ha dicho “El que cree al Hijo tiene la vida eterna” (Jn 3, 35-36).

Por tanto, el interrogante importante que hay que hacernos en la solemnidad de Cristo Rey no es si reina o no en el mundo, sino si reina o no dentro de mí con más intensidad en el fin de este Año de la Misericordia; no si su realeza está reconocida por los Estados y por los gobiernos, sino si es reconocida y vivida por mí. ¿Cristo es Rey y Señor de mi vida? ¿Quién reina dentro de mí, quién fija los objetivos y establece las prioridades?: ¿Cristo o algún otro?

Cristo demuestra su amor a través de su cercanía, pues nunca nos abandona aunque pequemos; demuestra su misericordia porque vino a salvar a los pecadores y sanar a los enfermos; y demuestra su servicio porque Él mismo nos dijo que vino a servir y no a ser servido. Nosotros también estamos invitados a ser reyes del amor, del servicio y de la misericordia. Conviene, pues que Él reine en nuestro corazón: su reinado es eterno y universal, es un reinado de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz.

La promesa de Jesús al buen ladrón nos da una gran esperanza: nos dice que la gracia de Dios es siempre más

abundante que la plegaria que la ha pedido. El Señor siempre da más, es muy generoso, da siempre más de lo que nos pide: pidámosle que se acuerde de nosotros y nos lleve a su Reino.

Que Santa María Reina nos enseñe a acoger al Rey de la Gloria, en nuestro corazón.

Domingo Primero de Adviento (Ciclo A)

27 de noviembre

Mt 24, 37-44

Estar en "vigilia"

Comenzamos hoy una nueva etapa en nuestro caminar, un nuevo año litúrgico, con el Tiempo del ADVIENTO (o tiempo de la "venida" del Señor...) ¡Este es el tiempo de la esperanza! Estar atentos a la dulce expectativa de quien espera la llegada imprevista del ser amado, aquél que llega para colmar nuestros deseos más profundos, aquél de quien nuestra vida necesita.

¡Despertemos! "¡Velen!", "¡Estén despiertos!" (Mt 24,42), es la nota aguda del anuncio de Jesús en el evangelio de hoy, que es la actitud que hemos de tener ante la **venida gloriosa de Jesús al fin del mundo**, que es la última de sus cuatro venidas, pero también puede referirse a su venida al fin de la vida de cada uno.

La primera fue su nacimiento en Belén, donde comenzó la redención de la humanidad, con la que nos ha hecho posible el camino hacia la eternidad gloriosa.

Las otras dos venidas de Jesús resucitado marcan nuestra existencia: su **venida diaria a nuestra vida**, si lo acogemos: *"Estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo"* (Mt 28, 20); y su **venida final de nuestra existencia terrena**: *"Voy a prepararles un puesto... y vendré a buscarlos para que donde yo estoy, estén también ustedes"* (Jn 14, 2-3).

En realidad, hoy el sentido profundo del Adviento consiste en centrar nuestro gozoso esfuerzo en acoger a Cristo resucitado en su continua venida a nuestra vida de cada día, para que él nos acoja en su venida al final de los tiempos.

Invitemos en serio a Jesús para que venga: *"¡Ven, Señor Jesús!"*, pues Él nos invita a acogerlo: *"Estoy a la puerta llamando: quien me abra, me tendrá consigo a la mesa"* (Ap 3, 20). *"Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados, que yo lo aliviaré"* (Mt 11, 28-30). Se trata de una venida y un encuentro mutuo.

Jesús compara a los hombres de su tiempo – y los de hoy- a los paisanos de Noé, que pasaron de improviso de la seguridad y del disfrute pervertido a la destrucción total. La vigilia que nos corresponde es una vigilia llena de esperanza, no de temores y angustias, no de desesperación y desconcierto; sino la vigilia de la laboriosidad como Noé en su tiempo; la vigilia de la fortaleza de ánimo en medio de las dificultades del mundo. El verdadero peligro no se encuentra en las dificultades y tentaciones de este mundo, sino en el vivir como si el Señor no hubiese de venir, como si la eternidad fuese un sueño.

Es necesario vivir en vigilancia y en preparación permanente para lograr, con la muerte y la resurrección, el éxito de la vida terrena: alcanzar la vida eterna. Por eso la "vigilancia" está estrechamente conectada con el "estar preparados". Quien está preparado vive en paz con Dios, con todos y consigo mismo, con la lámpara de la fe encendida durante la noche. ¿Cuál es el acontecimiento para el cual hay que prepararse? El acontecimiento que no nos debe encontrar impreparados es el retorno de Cristo.

Hay que decidirse en serio a llevar una vida coherente como hijos de Dios, en medio de la superficialidad y perversidad de la sociedad de hoy, que imita a la insensata generación del diluvio. ¿En qué consiste esa preparación? Las Lecturas de este Primer Domingo del Año Litúrgico nos lo indican: *"Caminemos en la luz del Señor"*, nos dice el Profeta Isaías. *"Desechemos las obras de las tinieblas y vistámonos con las armas de la luz..." Nada de borracheras, lujurias, desenfrenos; nada de pleitos y envidias. Revístanse más bien de nuestro Señor Jesucristo (Rm. 13, 11-14).*

El modelo de esta actitud espiritual, de este modo de ser y de caminar por el camino es la Virgen María. Una sencilla joven de pueblo, que lleva en su corazón toda la esperanza de Dios. En su vientre, la esperanza de Dios ha tomado carne, se ha hecho hombre, se ha hecho historia: Jesucristo. Su Magníficat es el cántico del pueblo de Dios en camino, y de todos los hombres y mujeres que esperan en Dios, en la potencia de su misericordia.

Dejémonos guiar por Ella que es madre, que es mamá y sabe cómo guiarnos, dejémonos guiar por Ella en este tiempo de espera y de vigilancia”.

Domingo Segundo de Adviento (Ciclo A)

4 de diciembre

Mt 3, 1-10

“Conviértanse, porque está cerca el reino de los cielos”

La semana pasada Dios al inicio del Adviento nos invitaba a *despertar* y caminar. Hoy nos invita a *convertirnos*: *“Conviértanse, porque está cerca el Reino de los cielos”*. Esta conversión nos exige echar fuera el pecado y trabajar en la santidad de vida, teniendo en nosotros los mismos sentimientos de Cristo Jesús (segunda lectura). ¿Qué tengo que convertir a Dios en este Adviento: mi mente mundana, mi corazón desestabilizado, mi voluntad rebelde?

Hoy, segundo domingo de Adviento, se nos presenta la figura austera del Precursor, su misión fue la de preparar y allanar el sendero al Mesías, exhortando al pueblo de Israel a arrepentirse de sus pecados y corregir toda injusticia. Con palabras exigentes, decía: “El árbol que no da fruto será talado y echado al fuego” (Mt 3, 10). Sobre todo, ponía en guardia contra la hipocresía de quien se sentía seguro por el mero hecho de pertenecer al pueblo elegido: ante Dios -decía- nadie tiene títulos para enorgullecerse, sino que debe dar “frutos dignos de conversión” (Mt 3, 8).

Por su parte, Jesús nos enseña que para entrar al Reino de Dios, supone un cambio, un arrepentimiento. La conversión es un cambio radical de actitud y conducta. San Gregorio Magno comenta que el Bautista “predica la recta fe y las obras buenas... para que la fuerza de la gracia penetre, la luz de la verdad resplandezca, los caminos hacia Dios se enderecen y nazcan en el corazón pensamientos honestos tras la escucha de la Palabra que guía hacia el bien” (*Hom. in Evangelia*, XX, 3: CCL 141, 155).

Al proclamar Juan “Conviértanse, llama a cambiar de vida, porque ya estaba muy cerca Jesús, y hoy es para nosotros la misma necesidad: transformar nuestras vidas, volvernos a Dios, porque Él se ha vuelto a los hombres. Y nos pide también hoy “Preparen el camino del Señor, allanen sus senderos”, ¿Cómo?, con el arrepentimiento. El arrepentirse requiere transformación y exige un cambio de actitud, además es una experiencia necesaria para llegar a conocer a Cristo; en otras palabras, quien no se arrepiente, por mucho que intente conocerle, no lo podrá conocer ni podrá ir al Reino de los Cielos.

La *Conversión* comienza desde el momento en que se acepta en de corazón, desde la fe, a Jesucristo resucitado. Cuando se ha aceptado la persona de Jesús y su mensaje y fiarse totalmente de Él: decidirse a no volver a escuchar las voces de tantos ídolos que le gritan: “Fíate de mí”. La fe, en cuanto asociada a la conversión, es lo opuesto a la idolatría; es separación de los ídolos para volver al Dios vivo, mediante un encuentro personal. Creer significa confiarse a un amor misericordioso, que siempre acoge y perdona, que sostiene y orienta la existencia, que se manifiesta poderoso en su capacidad de enderezar lo torcido de nuestra vida. La fe consiste en la disponibilidad para dejarse transformar una y otra vez por la Palabra de Dios. He aquí la paradoja: en el continuo volverse al Señor, el hombre encuentra un camino seguro, que lo libera de la dispersión a que le someten los ídolos (LF 13).

Así se ve claro el sentido de la acción que se realizó en nosotros el día de nuestro bautismo, “la inmersión en el agua: el agua es símbolo de muerte, que nos invita a pasar por la conversión del ‘yo’, para que pueda abrirse a un ‘Yo’ más grande; y a la vez es símbolo de vida, del seno del que renacemos para seguir a Cristo en su nueva existencia. De este modo, mediante la inmersión en el agua, el bautismo nos habla de la estructura encarnada de la fe. La acción de Cristo nos toca en nuestra realidad personal, transformándonos radicalmente, haciéndonos hijos adoptivos de Dios, partícipes de su naturaleza divina; modifica así todas nuestras relaciones, nuestra forma de estar en el mundo y en el cosmos, abriéndolas a su misma vida de comunión” (LF 42).

“Conviértanse, porque está cerca el reino de los cielos” (Mt 3, 1-2), es decir volvamos a nuestra dignidad de hijos de Dios, y en este adviento ponernos en marcha para transformar nuestra existencia en Cristo. Esta ha de ser la respuesta inicial de quien ha escuchado al Señor con admiración, cree en Él por la acción del Espíritu, se decide

a ser su amigo e ir tras de Él, cambiando su forma de pensar y de vivir, aceptando la cruz de Cristo, consciente de que morir al pecado es alcanzar la vida. En el Bautismo y en el sacramento de la Reconciliación, se actualiza para nosotros la redención de Cristo.

Por tanto, la conversión es el punto central del Evangelio. La síntesis de la predicación de Jesús es la conversión y el anuncio del Reino de Dios, el reconocimiento de nuestro mal comportamiento o conducta desordenada y el arrepentimiento de nuestros pecados. Este es el modo de prepararnos para vivir la Navidad, lo contrario se llama mundanidad. La 'voz' del gran profeta nos pide que preparemos el camino del Señor que viene a salvarnos.

Desde el corazón de María queramos una auténtica conversión del corazón: *¡Señor Jesús!, Hijo del Dios vivo, ten compasión de mí que soy pecador ¡Sálvame, Jesús! Libérame, Señor, de todo yugo de Satanás en mi vida. Libérame, Jesús, de todo vicio y de todo dominio del mal en mi mente. Yo te pido, Señor, que esa vieja naturaleza mía, vendida al pecado, sea crucificada en tu cruz. ¡Lávame con tu Sangre, purifícame, libérame, Señor!*

Domingo Tercero de Adviento (Ciclo A)

11 de diciembre

Mt. 11, 2-11

La alegría debe ser un distintivo del cristiano

Las Lecturas de este Tercer Domingo de Adviento están muy conectadas entre sí. La liturgia de la Palabra subraya de modo particular la alegría por la llegada de la época mesiánica. Se trata de una cordial y sentida invitación para que nadie desespere de su situación, por difícil que ésta sea, dado que la salvación se ha hecho presente en Cristo Jesús. El profeta Isaías, en un bello poema, nos ofrece la bíblica imagen del desierto que florece y del pueblo que canta y salta de júbilo al contemplar la Gloria del Señor. Esta alegría se comunica especialmente al que padece tribulación y está a punto de abandonarse a la desesperanza. El salmo 145 canta la fidelidad del Señor a sus promesas y su cuidado por todos aquellos que sufren. Santiago, constatando que la llegada del Señor está ya muy cerca, invita a todos a tener paciencia: así como el labrador espera la lluvia, el alma espera al Señor que no tardará. El Evangelio, finalmente, pone de relieve la paciencia de Juan el Bautista quien en las oscuridades de la prisión es invitado por Jesús a permanecer fiel a su misión hasta el fin.

Juan Bautista con toda humildad manda una legación para preguntar al Señor: ¿Eres realmente Tú el que ha de venir? La respuesta de Jesús nos reconduce a la primera lectura. Los signos mesiánicos están por doquier: los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen y a los pobres se les anuncia la buena noticia. Juan entiende bien la respuesta: ¡es Él y no hay que esperar a otro! ¡Es Él! ¡El que anunciaban las profecías del Antiguo Testamento! ¡Es Él y, por lo tanto, debe seguir dando testimonio hasta la efusión de su sangre! ¡Y Juan Bautista es fiel! ¡Qué hermoso contemplar a este precursor en la tentación, en el momento de la prueba, en el momento de la lucha y de la victoria!

El Señor viene en persona. Éste es el motivo de la alegría, éste es el motivo de la fortaleza. Es Dios mismo quien viene a rescatar a su pueblo. Es Dios mismo quien se hace presente en el desierto y lo hace florecer. Es Dios mismo quien nace en una pequeña gruta de Belén para salvar a los hombres. Es Dios mismo quien desciende y cumple todas las esperanzas mesiánicas. Admirable intercambio: Dios toma nuestra humana naturaleza y nos da la participación en la naturaleza divina.

La alegría debe ser un distintivo del cristiano. La alegría cristiana nace de la profunda convicción de que en Cristo, el Señor, el pecado y la muerte han sido derrotados. Por eso, al ver que El Salvador está ya muy cerca y que el nacimiento de Jesús es ya inminente, el pueblo cristiano se regocija y no oculta su alegría. Nos encaminamos a la Navidad y lo hacemos con un corazón lleno de gozo.

Sería excelente que nosotros recuperáramos la verdadera alegría de la Navidad. La alegría de saber que el niño Jesús, Dios mismo, está allí por nuestra salvación y que no hay, por muy grave que sea, causa para la desesperación. De esta alegría del corazón nace todo lo demás. De aquí nace la alegría de nuestros hogares. De aquí nacen la ilusión y el entusiasmo que ponemos en la preparación del nacimiento, el gozo de los cantos natalicios tan llenos de poesía y de encanto infantil.

Es justo que estemos alegres cuando Dios está tan cerca. Pero es necesario que nuestra alegría sea verdadera, sea profunda, sea sincera. No son los regalos externos, no es el ruido ni la vacación lo que nos da la verdadera alegría, sino la amistad con Dios. ¡Que esta semana sea de una preparación espiritual, de un gozo del corazón, de una alegría interior al saber que Dios, que es amor, ha venido para redimirnos! Esta preparación espiritual consistirá, sobre todo, en purificar nuestro corazón de todo pecado, en acercarnos al sacramento de la Penitencia para pedir la misericordia de Dios, para reconocer humildemente nuestros fallos y resurgir a una vida llena del amor de Dios.

Salimos al encuentro de Jesús que ya llega con nuestras buenas obras. Esta recomendación que escuchamos ya el primer domingo de adviento se repite en este domingo de gozo. Hay que salir al encuentro con las buenas obras, sobre todo con caridad alegre y del servicio atento a los demás.

Cada buena obra o buen comportamiento de los niños hace adelantar un poco al Rey en su camino hacia Jesús. Métodos sencillos, pero de un profundo valor pedagógico y catequético para los niños en el hogar. Pero no conviene olvidar que la mejor manera de salir al encuentro de Jesús es el amor y la caridad: el amor en casa entre los esposos y con los hijos; el amor y la caridad con los pobres y los necesitados, con los ancianos y los olvidados.

Hay que formar un corazón sensible a las necesidades y sufrimientos de nuestro prójimo. Es esto lo que hará florecer el desierto. Es esto lo que hará que nuestras rodillas no vacilen en medio de las dificultades de la vida. Nada mejor para superar los propios sufrimientos que salir al encuentro del sufrimiento ajeno.

Para alegrarnos, no sólo necesitamos cosas, sino también amor y verdad: necesitamos al Dios cercano que calienta nuestro corazón y responde a nuestros anhelos más profundos. Este Dios se ha manifestado en Jesús, nacido de la Virgen María. Por eso el Niño, que ponemos en el portal o en la cueva, es el centro de todo, es el corazón del mundo. Oremos para que toda persona, como la Virgen María, acoja como centro de su vida al Dios que se ha hecho Niño, fuente de la verdadera alegría.

Domingo Cuarto de Adviento (Ciclo A)

18 de diciembre

Mt. 1, 18-24

“...la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emanuel”

La Palabra de Dios, después de habernos invitado a despertar (primer domingo de adviento), a convertirnos (segundo domingo), a alegrarnos (tercer domingo), hoy Dios nos invita a *mirar a María*, pues por Ella nos vino el Emmanuel (primera lectura y evangelio), para renovar nuestro mundo y nuestros corazones, cegados por el pecado (segunda lectura). Así, este Domingo de Adviento, orienta nuestro corazón a la Navidad, ya cercana. “El Señor está cerca”, nos urge prepararnos para acogerlo. Este es el sentido de todo el tiempo de Adviento, que la Iglesia ha ordenado sabiamente para la preparación de la Navidad, a fin de que los creyentes podamos vivir plenamente el misterio de la Encarnación.

En el trasfondo del acontecimiento de Nazaret se halla la profecía de Isaías. “Miren: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emanuel” (Is 7, 14). Esta antigua promesa encontró cumplimiento superabundante en la Encarnación del Hijo de Dios. Y el evangelio de san Mateo narra cómo sucedió el nacimiento de Jesús situándose desde el punto de vista de san José, el prometido de María, la cual “antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo” (Mt 1, 18).

San José se presenta como hombre ‘justo’ (Mt 1, 19), fiel a la ley de Dios, disponible a cumplir su voluntad. Por eso entra en el misterio de la Encarnación después de que un ángel del Señor, apareciéndosele en sueños, le anuncia: “José, hijo de David, no temas tomar contigo a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt 1, 20-21). Abandonando el pensamiento de repudiar en secreto a María, la toma consigo, porque ahora sus ojos ven en ella la obra de Dios. “En esto consiste el amor: en que el Padre Dios nos amó y nos envió a Su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4, 10).

“Dios quiso compartir nuestra condición humana hasta el punto de hacerse uno de nosotros en la persona de Jesús, que es verdadero hombre y verdadero Dios. Esta presencia de Dios en medio de la humanidad no se realiza en un mundo ideal, idílico, sino en este mundo real, marcado por muchas cosas buenas y malas, marcado por divisiones, maldad, pobreza, prepotencias y guerras. Él eligió habitar en nuestra historia, así como es, con todo el peso de sus límites y de sus dramas. Actuando así demostró de modo insuperable su inclinación misericordiosa y llena de amor hacia las creaturas humanas. Él es el Dios-con-nosotros; Jesús es Dios-con-nosotros desde siempre y para siempre en los sufrimientos y en los dolores de la historia.

De la contemplación gozosa del misterio del Hijo de Dios nacido por nosotros, podemos sacar **dos consideraciones:**

La primera es que en la Navidad Dios se revela como Aquél que se abaja, desciende sobre la tierra pequeño y pobre. Por tanto, para ser semejantes a Él no debemos ponernos sobre los demás sino, abajarnos, ponernos a su servicio, hacernos pequeños con los pequeños y pobres con los pobres. Pero es algo feo cuando se ve a un cristiano que no quiere abajarse, que no quiere servir. Un cristiano que se da de importante por todos lados, es feo: ese no es cristiano, ese es pagano. El cristiano sirve, se abaja: hace suyos los mismos sentimientos del Redentor.

La segunda consecuencia: Dios, por medio de Jesús, se implicó con el hombre hasta el punto de hacerse como uno de nosotros. Por tanto, cualquier cosa que hagamos a un hermano o a una hermana la habremos hecho a Él. Nos lo recordó Jesús mismo: quien haya alimentado, acogido, visitado, amado a uno de los más pequeños y de los más pobres entre los hombres, lo habrá hecho al Hijo de Dios” (Francisco en Audiencia del [18 de diciembre de 2013](#)).

Por consiguiente, hoy, como en tiempos de Jesús, la Navidad no es un cuento para niños, sino la respuesta de Dios al drama de la humanidad que busca la paz verdadera. “Él mismo será nuestra paz”, dice el profeta refiriéndose al Mesías. A nosotros nos toca abrir de par en par las puertas para acogerlo. Aprendamos de María y

José: pongámonos con fe al servicio del designio de Dios. Aunque no lo comprendamos plenamente, confiemos en su sabiduría y bondad. Si Dios está con nosotros y es el *Emmanuel*, nada ni nadie puede separarnos de Él. Eso sí, nosotros podemos volverle la espalda, vivir como si Él nunca hubiera venido, como si no hubiese hablado (segunda lectura). No nos sirve de nada ni siquiera que Dios esté con nosotros, si nos negamos a estar con Él. Por eso, la Navidad es una ocasión para volver a sentir la necesidad de este Salvador. Y esta salvación nos la ofrece en cada Eucaristía y en la confesión. Que no nos pase lo que dice la poesía del posadero de Belén: *¡He!, Tú, ¡posadero! ¿No habrá una habitación para esta noche? –Ninguna cama libre. Todo lleno. Y Dios pasó de largo, qué pena posadero.*

La Natividad del Señor (Ciclo A)

25 de diciembre

Jn. 1, 1-18

Idea principal: *Hoy*, Nochebuena, nace Cristo para nosotros y nos invita a festejarla con Él.

Resumen del mensaje: "*Hoy*" nos ha nacido el Salvador. Este "*hoy*" quiere significar que lo que celebramos en la Navidad no es un simple aniversario, sino un "sacramento", o sea una actualización sacramental del hecho salvífico del nacimiento humano del Hijo de Dios.

En primer lugar, la Navidad es la condensación del "*ayer*" de Belén y del "*mañana*" de la última venida del Señor en el "*hoy*" de la celebración de este año, que es un acontecimiento siempre nuevo, no sólo un recuerdo folclórico de hechos pasados. "*Hoy*", después del duro y cruel destierro, estamos viendo una Luz grande que nos brilla y nos salva. "*Hoy*" hay gozo y alegría por esta victoria y liberación. "*Hoy*" de la estirpe de David-Rey nos ha nacido un Niño, que es el Libertador, el Dios Fuerte, Príncipe de la paz. "*Hoy*" ese Niño instauro su Reino y nos trae su gracia divina, el derecho, la justicia.

En segundo lugar, este Dios que en Cristo nos trae "*hoy*" la salvación, lo hizo a través de su entrega. Así nos rescató de toda iniquidad y nos purificó. Esto nos exige "*hoy*" llevar una vida digna, sobria, justa y piadosa; renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos. Sólo así podemos festejar su fiesta con Él.

Finalmente, "*hoy*" María sigue buscando un lugar, un corazón, donde poner a su Hijo Jesús. "*Hoy*" José nos pide una ayuda para limpiar y adecentar nuestro pesebre interior. "*Hoy*" María nos ofrece a su Hijo para nuestra adoración y admiración. "*Hoy*" cada uno de nosotros podemos envolverle con los pañales de nuestro amor y cariño. "*Hoy*" podemos cantarle como hicieron los ángeles en esa bendita noche con las voces de nuestra fe y humildad. "*Hoy*" deberíamos ir corriendo a la gruta, como los pastores, para ofrecerle lo mejor que tenemos y somos: "*nuestro requesón, manteca y vino*" como dice el villancico.

Para reflexionar: ¿Tengo el corazón abierto y limpio para hospedar a este Niño Jesús que viene humilde para traerme la salvación "*hoy*"? ¿Hay algo "*hoy*" que me impide abrirle la puerta de mi posada? ¿Qué es? ¿Tendrá que pasar de largo María porque encontró todo cerrado en mí?

Para rezar: Ten mi corazón, Jesús. Quiero que nazcas en él y me llenes de todas tus gracias, para que pueda hoy repartirlas entre mis hermanos. Amén.

Fiesta de la Sagrada Familia (Ciclo A)

30 de diciembre

Mt. 2, 13-15.19-23

Encontraron "a María y a José, y al Niño acostado en el pesebre" (Lc 2, 16)

Se celebra hoy el domingo de la Sagrada Familia. Podemos seguir identificándonos con los pastores de Belén que, en cuanto recibieron el anuncio del ángel, acudieron a toda prisa, y encontraron "a María y a José, y al Niño acostado en el pesebre" (Lc 2, 16). Detengámonos también nosotros a contemplar esta escena, y reflexionemos en su significado.

Los primeros testigos del nacimiento de Cristo, los pastores, no sólo encontraron al Niño Jesús, sino también a una pequeña familia: madre, padre e hijo recién nacido. Dios quiso revelarse naciendo en una familia humana y, por eso, la familia humana se ha convertido en icono de Dios.

¿Cómo vivía la familia de Nazaret, la *familia humana* de Jesús? Unidos en la oración y en la obediencia a Dios: "Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto...vuelve a la tierra de Israel". Unidos en el amor mutuo: "se levantó, tomó al niño y a su madre, se fue a Egipto". Unidos en el trabajo, dolor y las pruebas: "...porque Herodes va a buscar al niño para matarlo" (evangelio). Todo un programa para las familias de hoy.

Ahora podemos preguntarnos: ¿Cómo viven algunas de nuestras familias hoy? Unas, unidas en la oración, amor y dolor. Otras, no tanto, experimentando la separación, el divorcio, viviendo como si Dios no existiera y dejándose llevar por el silbido de las sirenas, dejando las ventanas de la afectividad de par en par a nuevos aires de liberación, o abriendo la puerta del corazón a piratas intrusos que lo único que pretenden es destruir la barca matrimonial y familiar. Familias que viven por motivos de interés o de mera convivencia civilizada, y no en la fe, en la oración, en la certeza de saberse amados y bendecidos por Dios por un santo sacramento.

Ahora, preguntémosnos cómo deberían vivir nuestras familias, siguiendo el ejemplo de la Sagrada Familia de Nazaret. Dios en el centro. El amor como motivación y corona. El dolor como prueba para ejercitar las virtudes teologales y mirar para arriba. Los hijos, honrando a sus padres, no causándoles tristezas, obedeciéndoles y cuidándoles en la vejez. Los padres revestidos de respeto y amor entre ellos, y de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, perdón, amor para con sus hijos; y piedad y gratitud con Dios.

Padres de *familia*, ¿se parecen a san José? Madres, ¿se parecen a María? Hijos, ¿se parecen al Niño Jesús? ¿Repasan juntos el cuarto mandamiento de la ley de Dios?: Honra a tu padre y a tu madre, con amor, respeto y servicio.

La fiesta de la Sagrada Familia es la fiesta de todas las familias, pues toda familia es sagrada, por ser templo donde Dios-Amor comunica la vida por amor a través del amor de los padres, y donde en el amor enriquece la vida de los esposos y de los hijos con dones de Dios para usar, gozar, agradecer y compartir con orden, gratitud y honradez.

La familia está al servicio de la persona y de su misión en la vida, y no al revés. Los hijos son un don de Dios y le pertenecen. Sólo Dios es el Padre verdadero y dueño de los hijos. Los padres son sólo cauces de la vida de sus hijos. Por eso Jesús, a los doce años, sin avisar a sus padres, se quedó en el templo por voluntad de su Padre. Y también la Virgen María, a los trece, dijo su Sí al Ángel, sin consultar a sus padres ni a los sacerdotes.

Jesús, el Hijo de Dios, quiso nacer en una familia, pues la familia unida en el amor es el ambiente privilegiado e insustituible para el desarrollo normal y el crecimiento sano y feliz de los hijos. Para la persona no existe bien humanamente más grande que un hogar donde el padre y la madre se aman, aman a sus hijos y son correspondidos.

La droga, el alcoholismo, la esclavitud sexual, los embarazos precoces, la delincuencia, los desequilibrios psíquicos, afectivos e inclusive enfermedades físicas, tienen casi siempre su raíz en la falta de familia o de amor en

el hogar. El verdadero amor y la unión familiar son la mayor medicina preventiva contra toda clase de enfermedades y desviaciones.

Todo el mundo habla de amor, pero son muy pocas las personas que descubren lo que es el verdadero amor, el cual es a la vez comprensión, perdón, acogida, ayuda, diálogo, compartir bienes, alegrías y sufrimientos. Sin amor auténtico la familia no se sostiene o no cumple su misión a favor de la vida, de los hijos y de los padres.

En la Sagrada Familia hubo miedo, destierro, falta de trabajo y de pan. Hubo sufrimiento frecuente e indecible. Pero el amor verdadero los sostuvo y los mantuvo unidos a Dios Padre y entre sí. Ese fue el gran secreto de su profunda felicidad.

En la familia unida en Cristo, la relación de amor se hace relación salvífica, pues cada cual coopera con Cristo en la salvación de los otros, con la oración, el ejemplo, el sufrimiento asociado al del Salvador, y ofreciendo incluso la muerte cuando acaezca, llegando así al amor máximo entre ellos: "Dar la vida por los que se ama", a imitación de Cristo.

Se podría parafrasear la pregunta de Jesús: "¿Qué le importa al hombre y a la mujer haber tenido hijos e hijas, si al final los pierden para siempre?". Por esto, familia sé lo que eres: la Iglesia doméstica, la primera escuela de oración. En ti, familia, los niños, desde la más temprana edad, han de aprender a percibir el sentido de Dios, gracias a la enseñanza y el ejemplo de ustedes, sus padres: vivir en un clima marcado por la presencia de Dios. Una educación auténticamente cristiana no puede prescindir de la experiencia de la oración. Si no se aprende a rezar en la familia, luego será difícil colmar ese vacío. Y, por lo tanto, quiero dirigiros la invitación a redescubrir la belleza de rezar juntos como familia en la escuela de la Sagrada Familia de Nazaret. Y así llegar a ser realmente un solo corazón y una sola alma, una verdadera familia.